

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

BARCELONA 10 DE MAYO DE 1909

NÚM. 1.428

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1909



LAS CORONAS, cuadro de Alfredo Agache



Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Limosna de amor*, por F. Muñoz Dueñas. — *El instituto Carnegie de Washington*. — *La Haya. Nacimiento de una princesa*. — *La contrarrevolución en Turquía*. — *Monumento a Julio Verne*. — *La «Madonna» de Juan Bellini*. — *Dr. don Luis María Drago*. — *Mauricio Lavallard*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Barcelona. Servicios de sanidad e higiene en el puerto*.

Grabados.—*Las coronas*, cuadro de Alfredo Agache. — Dibujo de A. de Riquer que ilustra el artículo *Limosna de amor*. — *La rufaga*, dibujo de miss Mariana H. V. Robilliard. — *París. El sueño dorado de las aspirantes al premio de Roma*. — *Señoritas Mathis, Levi, Rozet, Hantrive, Hofbauer, Dupuy*. — *La Haya. Nacimiento de la princesa heredera*. — *París. Encarcelamiento de la marquesa de Vasselot*. — *La contrarrevolución de Turquía. Gran «meeting» de protesta*. — *Grupo de oficiales del ejército libertador macedónico*. — *El cuartel de Tache-Kichla*. — *La Educación*, pintura de A. de Rixens. — *En el bar*, cuadro de J. Beraud. — *Carmen*, cuadro de J. Sala. — *Monumento a Julio Verne*, obra de A. Roze. — *La «Madonna» de Juan Bellini*. — *Dr. D. Luis María Drago*. — *Mauricio Lavallard*. — *Dirección de Sanidad del puerto de Barcelona*. — *Lavabos del Pabellón de higiene*. — *Aparato sulfador «Masot» para la desinfección*. — *Grupo de autoridades e invitados a la inauguración*. — *El nuevo aeroplano Givaudán*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

República argentina: prosperidad económica: situación financiera. — *Ecuador*: malestar económico y sus causas. — *Colombia*: los tratados con los Estados Unidos y con Panamá: derechos y beneficios que obtiene Colombia: las minas de esmeraldas: tentativas revolucionarias: la cuestión de los canales interoceánicos. — *Venezuela*: la coalición yanqui-europea contra el general Castro. — *México*: el último informe presidencial: la reelección del general Díaz.

Muy próspera continúa siendo la situación económica de la República Argentina. La Cámara Mercantil de Buenos Aires, refiriéndose al desarrollo de la producción agrícola, hace constar que el año 1908 ha sido uno de los mejores, no sólo por las magníficas cosechas levantadas, sino por los excepcionales precios obtenidos. La cosecha de trigo fué colosal; pasó de 5.000.000 de toneladas. El comercio exterior alcanzó proporciones extraordinarias; se exportó por valor de 350.000.000 de pesos oro. Fecunda ha sido también la labor en cuanto al desarrollo de las industrias. Entre otras, los ingenios ó fábricas azucareras han aumentado considerablemente la elaboración, y se cree que durante el año 1909 no será necesario importar azúcar del extranjero.

El incremento de la producción y del comercio se refleja en la actividad ferroviaria. Los datos estadísticos del año acusan 32 millones de toneladas y 49 millones de viajeros transportados; á 40.000.000 de pesos oro ascienden las ganancias realizadas por todas las empresas de ferrocarriles. Aspira la República á perfeccionar y aumentar su red de comunicaciones terrestres, y este es uno de los fines que se persiguen mediante la Exposición internacional de ferrocarriles que, con motivo del Centenario de la Independencia, se ha de celebrar en Buenos Aires en 1910.

También la inmigración, que tan capital importancia tiene para el progreso de estas Repúblicas americanas, llega ahora á cifras muy altas; en 1908 entraron en la Argentina 250.000 inmigrantes, es decir, más que en ninguno de los años anteriores.

Menos satisfactorios son el balance del año y la situación actual desde el punto de vista financiero. Las anomalías políticas siempre dañan, y la clausura violenta del Congreso y consiguiente falta de presupuesto legalmente sancionado, ocasionaron cierta irregularidad y desequilibrio en la Hacienda argentina. Se han emitido fuertes sumas de deuda flotante para obras públicas, los gastos generales se elevan con exceso, no hay la solidez propia de un buen régimen financiero y aviva temores y desconfianzas la famosa ley de armamentos terrestres y navales, que imponen al pueblo la enorme contribución de 160.000.000 de pesos, que hay que pagar en un período de seis años.

Tiempo hace ya que en sus mensajes á la Asamblea el presidente de la República del Ecuador declara la imperiosa necesidad de reforzar las rentas públicas y cubrir nuevas y urgentes atenciones del Estado, ya por medio de impuestos, ya con empréstitos en los mercados extranjeros, y en todo caso centralizando los servicios de Hacienda, de modo que buena parte de lo que recaudan para sí las pro-

vincias pase á la administración central. Se calcula que el presupuesto vigente habrá de liquidarse con un déficit de dos millones de sucres, ó sea 5.000.000 de pesetas.

Son causas del malestar económico la peste, que durante meses afligió á las principales poblaciones de la provincia de Guayas, la intranquilidad política mantenida por la intransigencia ó las ambiciones personales de los partidos y sus jefes, y también la circunstancia de haber dejado de ser el Ecuador el primer país productor de cacao; le superan ya el Brasil y Santo Tomé, y compiten con él Venezuela y algunas de las Antillas. Los precios bajan, y por consiguiente tiene que disminuir la riqueza de un pueblo en el que casi los dos tercios de la total exportación consiste en cacao.

Ya es conocido el texto oficial y completo de los tratados que en 9 de enero último suscribió la República de Colombia con las de los Estados Unidos del Norte y de Panamá.

Según el pacto convenido entre Colombia y los Estados Unidos, aquélla tendrá libertad de transportar en todo tiempo por el canal que los Estados Unidos construyen á través del istmo de Panamá tropas y material y buques de guerra, sin pagar derecho alguno, aun en el caso de guerra internacional entre Colombia y otro país. Los productos del suelo y de la industria de Colombia podrán entrar en la zona del canal sin más derechos que los que se pagan sobre productos semejantes de los Estados Unidos. Nada de esto, sin embargo, podrá tener aplicación en caso de guerra entre Colombia y Panamá.

Los Estados Unidos reconocen el traspaso que hace la República de Panamá á la de Colombia del derecho á recibir de aquéllos la suma de 250.000 pesos oro americano en cada año desde 1908 hasta 1917, ambos inclusive. Este traspaso consta en el tratado suscrito por Colombia y Panamá, por el cual también aquélla reconoce la independencia de ésta, y se exonera á la República de Panamá de toda obligación de pagar parte alguna de las deudas interna y externa de la República de Colombia. Panamá reconoce y declara que no tiene título ó propiedad alguna sobre las cincuenta mil acciones del capital de la Compañía nueva del canal de Panamá, que aparecen á nombre de la República de Colombia en los libros de dicha Compañía en París. En otro artículo se fija la línea divisoria ó frontera entre ambas Repúblicas.

El elemento oficial de Colombia y los adictos al actual gobierno han acogido con gran entusiasmo estos tratados, que consideran más ventajosos que el tratado Herran Hay, porque éste sometía á los colombianos á constantes humillaciones por el dominio de un poderoso país extranjero dentro del territorio—humillaciones que ahora toca sufrir á los panameños,—y les obligaba á hacer la policía del canal y á garantizar la conservación del orden en él, sin que tuvieran los medios de cumplir este compromiso.

Ahora, dicen, queda á salvo el honor de Colombia, adquiere ésta derecho á perpetuidad para usar del canal y se le reconocen 2.500.000 pesos oro, que significan la participación de Panamá en la deuda exterior colombiana. La cuantía fijada tiene para Colombia secundario interés ante el resultado moral obtenido, ó sea el de conseguir que se reconociera la obligación de contribuir al pago de deudas que, como era natural, gravaban también al territorio separado, deudas que Colombia había reconocido y estaba pagando cumplidamente de acuerdo con los pactos celebrados y las leyes vigentes.

También se muestran muy satisfechos los colombianos por el convenio ó contrato pactado con una Compañía inglesa sobre explotación de las minas de esmeraldas de Muzo, con lo que quedan asegurados los recursos para la conversión del papel moneda y la consecución de fuertes capitales en oro que cambien la situación económica del país. La Compañía se ha comprometido á responder durante veinte años de una venta anual mínima de 1.250.000 pesos oro. Con esta renta fija asegurada, el gobierno puede garantizar un empréstito de diez á quince millones de pesos que deberían destinarse exclusivamente á la conversión del papel moneda por oro ó por billete bancario en oro, y cambiar así en breve plazo la actual angustiosa situación económica del país por otra de abundancia y bienestar.

Los adversarios del gobierno hallaron en los tratados uno de tantos pretextos para combatirle y aun para conspirar. Se recrudeció la agitación política, y el general Reyes, que á principios de marzo había

renunciado el poder, transfiriéndolo al general Holguin, presidente de la Asamblea, tuvo que reasumirlo porque, según declaraba en mensaje á dicha Asamblea dirigido, el movimiento revolucionario que se inició á fines de febrero tomaba carácter anarquista. Era preciso, pues, en cumplimiento de los más elementales deberes de gobierno, velar por el orden social amenazado y proceder con energía. Se declaró el estado de guerra, con eficacia tal, que á los dos días la tranquilidad estaba asegurada.

La crítica que en la prensa y en discursos y conferencias públicas se ha hecho de los tratados, ha venido á poner de nuevo á la orden del día la cuestión de los canales interoceánicos. Ante la Sociedad de Agricultores de Colombia, el Sr. Zúñiga ha sostenido que el canal de Panamá es obra demasiado difícil y costosa; que teniendo en cuenta lo gastado hasta la fecha desde que principiaron las obras, habrá que invertir una suma fabulosa de millones de dólares, y que el Napipi, dentro del actual territorio de Colombia, es el puerto por donde la naturaleza indicó la vía para que el comercio universal pase sus naves de uno á otro Océano.

Cipriano Castro, el presidente constitucional de Venezuela, vino á Europa para someterse á una operación quirúrgica. Entre tanto, nos contaron que allá en su país se había alzado en masa el pueblo contra él, y que el vicepresidente Gómez, en quien resignara el mando, le había hecho traición. Gómez era el verdadero presidente de Venezuela y contra Castro se habían fulminado hasta sentencias de muerte.

Operado Castro, sin perder tiempo se embarcó para regresar á su patria. Importábanle un ardite las tales sentencias y el odio popular. Con revolución ó sin ella iba á recuperar la presidencia; ya se decía que Gómez abandonaría su elevado cargo para... entregarlo á Castro y para defender á éste, si era preciso. Tan convencidos de ello estaban los mayores enemigos de Castro, es decir, los Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra, que pusieron todo su empeño en impedir que aquél pisara territorio venezolano. A viva fuerza, y actuando Francia de polizonte internacional, se le hizo volver á Europa desde el mar de las Antillas.

Resulta, pues, que una coalición yanqui europea está haciendo la revolución en Venezuela.

El día 1.º de abril abrió su segundo período de sesiones el XXIV.º Congreso de la Unión mexicana.

En el Informe que con este motivo leyó el presidente de la República se trata, en primer término, de las relaciones exteriores y se alude á la situación especial de Centroamérica, á que nos referimos en la anterior *Revista*. Consultado México por el gobierno de los Estados Unidos acerca de si estaría dispuesto á secundarlo en los medios que hayan de adoptarse para que las convenciones firmadas en Washington tengan fiel observancia, se respondió que el gobierno mexicano «secundaría la acción de aquél en la medida de sus posibilidades, por la obligación que para ello le impone el compromiso morla contraído conjuntamente con los Estados Unidos.»

Consérvase inalterable la tranquilidad pública en todo el país. Los indios yaquis, que en Sonora cometían depredaciones, han entrado en un período de calma. El malestar económico que se ha hecho sentir en estos últimos tiempos, presenta síntomas inequívocos de su próxima desaparición. Muchos establecimientos fabriles comienzan á aumentar su producción, los ingresos de las vías férreas acusan también mayor actividad y en todas partes ha vuelto á avivarse la iniciativa privada. La fusión de los ferrocarriles que hoy pertenecen á la Compañía Nacional es ya un hecho, no sólo en el orden jurídico y en el financiero, sino en el terreno administrativo. En este primer año de su existencia la Compañía cubrirá con sus propios elementos todas las cargas fijas y distribuirá además un dividendo en favor de sus acciones preferentes.

El general Díaz confía en que no ha de paralizarse la marcha progresiva que desde hace años viene observándose en el país. Anhela y persigue el mayor engrandecimiento posible de la patria, y está dispuesto, no obstante su avanzada edad, á continuar al frente del Poder Ejecutivo. Así lo ha declarado ante los representantes de la Convención Nacional y del Partido Porfirista que le ofrecieron la reelección por otro período de seis años. Queda, pues, resuelta la cuestión presidencial, que tanto preocupaba á los mexicanos.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



LIMOSNA DE AMOR

Era una ciudad de noble alcurnia durmiente sobre ancha planicie á orillas del mar; la falda de un monte principiaba cuando concluían los arrabales; huertas y jardines á un lado y otro, entre el mar y el monte, la prestaban odoríferos y policromados encantos; caudaloso río ceñala con cariño refrescando sus horas estivales; lúcido y espléndido cielo, siempre azulino, siempre tranquilo, transparente, cerniase placentero, envolviéndola enamorado, y por su influencia, un clima benéfico la oreaba cuidadoso, cándido, apacible, sereno.

Era una calle alegre, amplia, recta, cuidada; sombreábanla hermosas acacias en alcorques circulares, y atanores bien dispuestos les proporcionaban frecuente riego; adoquinado pulcro y aceras muy limpias prestábanla cómodo tránsito; casas espaciosas, elegantes, higiénicas, concluían su encanto.

Erase una mujer vecina de esta calle: habitaba un piso bajo en donde tenía establecidas varias industrias; era bordadora, modista, encajera y decoraba en ocasiones abanicos; laboriosa, humilde, hábil, logró reunir numerosa clientela prendada de estas sus ingénitas condiciones morales, pues con las físicas fuera imposible transigir, porque si bien su edad no pasaba de los veinte años, era modelo de raquitismo, fealdad y desgarbo.

Y érase, en fin, un poeta joven, instruído, rico, alegre, cultivador de todos los sports, perseguido por cuantas mamás tenían hijas casaderas por su desahogada posición, por todos los sablistas de la comarca por su aseguibilidad y amigo de cuantos trataba por sus inmejorables condiciones; jovial, rumboso, benévolo, bien educado.

El poeta ocupaba un principal frente á la bordadora del piso bajo.

Todas las tardes ella junto á la puerta, sentada tras la cortina en verano, tras los cristales en invierno, veíale salir, saludarla muy cortés y marchar á lo largo de la calle hasta perderse allá lejos; luciendo siempre su sonrisa de hombre feliz: luego reanudaba su trabajo.

Pero algo debieran tener las miradas de la joven, por cuánto el tendero de la esquina, mancebo entrometido y curioso, una vez se fijó en ellas, y sorprendido estuvo muchas horas buscándoles significado, y luego de vacilaciones, dudas, vueltas y revueltas en su cerebro de chorlito, germinó una idea: tal mirada

deleitosa, como nunca creyó él pudiese fulminar una mujer, era deseo, amor; la observó más, y... contó á las criadas sus parroquianas el enamoramiento de la bordadora.

Las criadas rieron el lance y el tendero aprovechó la risa para faltar á la fidelidad del peso en los artículos que expendiera, tomándose á la vez ciertas libertades muy relacionadas con el quinto sentido, no llevadas á mal por lo gracioso del chasco. Todas, en disculpa del retraso sufrido aquel día por el desayuno, narraron el cuento á sus amas, que indignadas unas, indiferentes otras, lo celebraron con carcajadas y chistes.

¿Para qué más? No era pasada una semana cuando la ciudad entera conocía la pasión de la mujer fea y pobre por el hombre rico y guapo.

Él y ella eran los únicos que lo ignoraban.

Peró al fin, un amigo, en el casino, refirió al galán el caso, exagerándolo entre jocosidades y chanzas de mal gusto.

Primero el poeta lo tomó á broma; pero ante la seriedad con que otros señores afirmaron por su respectivo honor la certeza del hecho, hubo de creer.

Aquella noche estuvo inquieto, nervioso. Al otro día fijóse más en la muchacha; ella, notándolo, cambió de color, y trémula, sobresaltada, tímida, hubo de mirarlo á su vez, aumentando su fealdad la emoción.

Él sintió disgusto; le contrariaba, le mortificaba el amor de aquel ser tan original. No fué al casino; por campos y paseos solitarios estuvo la tarde toda, pensando en el ridículo inminente que correría si con prudencia no lo evitaba; regresó á la ciudad llevando su plan formado: era todo cuestión de cambiar de casa y no volver á pasar por aquella calle.

A poco vivía en el otro extremo de la población.

Los amigos siguieron embromándole algún tiempo; hubo de hacerles comprender con seriedad su descontento para evitarlo; pero como, sin faltar á las conveniencias, no era posible adoptar el mismo sistema con las amigas, ellas se encargaron de seguir mortificándole, satisfaciendo así sus instintos vengativos por los mariposeos de que, sin otras consecuencias, habían sido objeto por parte del poeta.

Todas sonriendo y con aparente interés le hacían saber noticias más ó menos ciertas de «la enamorada de la calle de...» como la pusieron por apodo.

Él llegó á odiarla.

Un día una rubita de rostro angelical y con más intención que un tribunal de oposiciones le preguntó:

—¿Sabe usted algo de su enamorada?

—No, señora (sonriendo para disimular su desagrado).

—¡Ingratón, perverso! (con iracundia fingida). ¡Fíe se usted de los hombres! Aun después de lo que pasó, la abandona.

—Pero...

—¿Que no sabe usted nada? Pues vea. Su antigua portera de usted, indignadísima por la marcha de tan buen inquilino, trató á la bordadora muy mal; le dijo que por ser ella una... no sé qué cosa (con inocencia picaresca), habíase usted mudado de casa y mil otras lindezas á cual peores; como ella calló y lloraba, fué creciendo el encono de la portera, y como todos los días se repetiese el escándalo, sirviendo de regocijo á transeuntes y vecinos, como hasta los muchachos llegaron á improvisar canciones alusivas, la otra tomó el partido de cerrar el taller y marcharse... (luego indiferente); lo peor para ella será ganarse la vida...

Sin otro comentario dirigióse á una señora que complacida escuchaba, y con el mayor interés le consultó un detalle sobre tules y gasas.

El poeta quedó perplejo; no contara nunca con esta eventualidad; las últimas palabras de la rubita angelical sonaron en su oído con ritmo persistente, atormentador, molesto: «Lo peor para ella será ganarse la vida.»

Aquella noche la pasó sin dormir.

«He causado la desgracia de esa pobre criatura— se decía, —¿qué será de ella?»

Luego seguía monologando; ideas muchas, contradictorias todas, se agolpaban en su imaginación, inquietadoras, torturantes, obstinadas; su alma guerrera rebelábase contra el abuso cometido con una indefensa mujer, sin otra culpa que amarle.

«Yo —argumentaba disculpándose cobarde— no hice por fomentar su pasión..., es sensible cuanto pasa; pero ¿qué remedio?»

Rememorando ideas sobre las bondades de ella..

«Es un ángel, cierto, ¡pero es un ángel tan feo!..»

Después, al desaprobador su conducta, reprendíase por su orgullo, causa del trato dado á la infeliz víctima; luego cambiaba de opinión y con escepticismo egoísta se revolvió terco.

«Es tonto esto —terminó;—¿en calidad de qué voy á sacrificarme por nadie?»

Cansado de luchar con sus sentimientos, se durmió cuando la luz del alba principiaba á disipar sombras y dibujar contornos, sonriendo sus cárdenos matices, entre cirros largos y poéticos que jugueteones asomaban por entre los aleros de los tejados para otear la vida en la tierra.

Pasó el tiempo: al disgusto sucedió la indiferencia, después vino el olvido. Así es la Humanidad; copia fiel de las evoluciones cósmicas á quienes debe la existencia: verano, emoción; otoño, sedante; invierno, muerte.

A poco nadie recordaba quién hubo de abandonar cuanto poseía por hu'r de ser burla y escarnio de los demás, tan sólo por un afecto de su alma joven, ansiosa de cariño, de compañía, de protección.

Un día se supo en el casino que la bordadora, recogida en una casa de campo, agonizaba víctima de la indigencia: llevó la noticia el doctor Z, llamado para cuidarla.

Pasó una ola de frío sobre los concurrentes; muchos se fueron temerosos de una petición, algunos se ofrecieron.

—¿Para qué?, dijo el doctor; ya es todo inútil.

Decayó la conversación; las tristes palabras del médico habían contagiado á todos; reinaba un malestar muy acentuado en el salón.

Quedaron solos médico y poeta.

Éste, cogiendo á su amigo por el brazo, dijo: —Vamos.

—Acabaremos la poca vida que le queda, replicó el otro, indeciso.

—¿No aseguras que es muerta?.. Pues muerta por muerta, que muera feliz.

Subieron á un carruaje... llegaron... entraron...

Era un cuarto pequeño bajo de techo, sucio; un candil de poca luz apenas alumbraba una silla vieja y un catre más viejo junto á la silla. En el catre yacía un cuerpo flaco, negro, tapado con una manta raída, rota.

Cuando entraron se oyó un grito ahogado; acudieron: la enferma estaba desmayada. Al volver en sí estuvo llorando mucho tiempo, asida con sus manos de esqueleto á las de aquel hombre que lo era todo para ella.

—Puedo ya morir tranquila, murmuró.

Él, con voz acariciadora, dulce, como un eco delicioso jamás oído, como un murmurio de cadencia divina, emocionado musitaba:

—No, no quiero que mueras, aún puedes ser dichosa.

Como ella, escéptica, sonriese, siguió:

—Sí, vivirás... vivirás para ser mi amor.

Un gorgoteo largo, profundo, terrorífico, y un beso en los labios, fuerte, intenso, apasionado, sucedieron á estas palabras.

Y luego dos lágrimas, un sollozo, un suspiro...

Después... después nada: un luto en la ciudad que hipócrita escoltó el cadáver de la mujer muerta por amor... y por culpa de todos ellos.

F. MUÑOZ DUEÑAS.

(Dibujo de A. de Riquer.)

EL INSTITUTO CARNEGIE DE WASHINGTON

Ó «UNA UNIVERSIDAD SIN ESTUDIANTES»

La *American Review of Reviews* define como «una universidad sin estudiantes» el magnífico Instituto Carnegie, hace poco tiempo fundado por el tan conocido multimillonario en la capital de los Estados Unidos. Tal definición, que á primera vista parece paradójica, no quiere decir que aquella universidad no cumpla los fines para que fué fundada; significa tan sólo que lo que principalmente caracteriza á tan importante centro docente, no es la educación, ni siquiera la superior; que la actividad de los que en ella estudian no tiene ningún objeto práctico, tal como la obtención de grados y diplomas, ni es sancionada por examen alguno.

En realidad, aquella lujosa fundación, para cuyo sostenimiento gasta el Mecenaz yanqui doce millones de dólares (sesenta millones de pesetas) al año, es un laboratorio colosal de investigaciones científicas en todas las esferas, y no tiene otra significación que esta. Ciertamente que Mr. Carnegie no tuvo, al fundarla, una idea absolutamente nueva, puesto que ha tenido ilustres predecesores, como por ejemplo

investigaciones científicas, los planes de exploraciones en todos los ramos de la ciencia, las ideas de los inventores; en una palabra, todo aquello que es capaz de hacer avanzar los límites de los conocimientos humanos, pero que no puede ser realizado por falta de fondos suficientes.

El comité no se limita á someter todos esos proyectos á un examen profundo, sino que además se

informa de los trabajos anteriores de los candidatos y, si es preciso, pone á éstos á prueba encargándoles trabajos preliminares; en una palabra, quiere enterarse bien de lo que son y de lo que pueden hacer. Pero en cuanto ha adquirido la certeza de que se trata de un talento serio y verdaderamente científico, le da entera libertad para realizar sus investigaciones del modo que mejor le parezca; y aquel hombre tendrá todo el tiempo que quiera y dispondrá de todos los fondos necesarios para no tener más preocupaciones que las del fin que persigue. Si necesita un laboratorio, el Instituto los posee en Washington mejor montados que ningún otro del mundo; si ha de realizar largos viajes ó permanecer, aunque sea por algunos años, en un punto del globo, sea donde sea, basta que su objeto sea serio y elevado y que ofrezca garantías de éxito para que se le faciliten, sin regateos, todos los fondos que le hagan falta.

De este modo el Instituto ha fundado en Tucson, en el Arizona, un laboratorio de botánica para las regiones desiertas, y el doctor Mac Dayal, ex director del Jardín Botánico de Nueva York, ha ido á vivir á las soledades del Far West, á fin de estudiar en qué condiciones se adaptarían los vegetales en parajes análogos. En Cold Spring, en el Estado de Nueva York, un laboratorio de biología dirigido por el doctor Carlos B. Davenport realiza estudios sistemáticos sobre la nutrición de las plantas y de los animales. En la isla de las Tortugas, enfrente de la costa meridional de la Florida, hállase en plena actividad un laboratorio de biología marina, bajo la dirección

del profesor Alfredo G. Mazet. Y en otras muchas partes efectúanse investigaciones sobre magnetismo, geofísica, astronomía, nutrición del organismo humano, etc.

La actividad del Instituto no se reduce á las ciencias naturales: la historia, la economía política, la sociología, participan también de sus liberalidades.

Además, bajo sus auspicios se publican muchas obras; así en 1907 se publicaron treinta y ocho tomos lujosamente editados, cuya publicación costó más de 65.000 dólares (325.000 pesetas) al Mecenaz de Washington.

Bien es verdad que el dinero no lo es todo, particularmente tratándose de sabios, y que la ciencia europea no ha necesitado tantas riquezas para realizar milagros; pero cuando se piensa en los muchos grandes hombres que han muerto en la miseria, sin hablar de los millares de desconocidos que por falta de recursos se ven privados de dotar de una nueva conquista á su patria y á la humanidad, no puede uno menos de pensar con envidia en los sabios americanos.—T.



La ráfaga, dibujo de mis Mariana H. W. Robilliard, premiado con medalla de plata en la exposición de alumnos de la Real Academia de Londres

Francisco I, creador del Colegio de Francia; pero si en este punto los norteamericanos nada han inventado, en cambio es genuinamente suya la manera de llevar magníficamente á la práctica sus proyectos poniendo al servicio de los mismos los créditos ilimitados con que dotan á sus instituciones.

Los sabios de otros países se ven á menudo honrados por sus gobiernos con importantes misiones, pero las más de las veces se ven cohibidos en sus estudios ó en sus exploraciones por la exigüidad de las subvenciones que á su disposición se ponen. Por otra parte, el Estado que abre un crédito á un explorador, á un arqueólogo ó á un naturalista, quiere, por muy liberal que sea, que el dinero empleado en esas obras especulativas le produzca algo, que sirva, por ejemplo, para enriquecer sus museos, y esta preocupación de la utilidad ha sido, en más de un caso, un obstáculo ó cuando menos un estorbo á las investigaciones puramente científicas.

En el Instituto Carnegie no sucede nada de esto. Un comité de dirección, compuesto de sabios de autoridad indiscutible y que se halla al frente del establecimiento, examina todos los proyectos de in-

PARIS.— EL SUEÑO DORADO DE LAS ASPIRANTES AL PREMIO DE ROMA



Srta. Mathis. Srta. Levi. Srta. Rozet. Srta. Hautrive. Srta. Hofbauer Srta. Dupuy.

Desde hace algunos años, las mujeres son admitidas á tomar parte en el concurso para el premio de Roma que anualmente se celebra en París, y como para demostrar la legitimidad de esta concesión, que no fué más que una obra de justicia, cada vez es mayor el número de las aspirantes que acuden á esa noble lucha.

En el concurso de este año, cuyas pruebas están efectuándose en la actualidad, presentáronse seis artistas del bello sexo, las señoritas Mathis, Hautrive y Hofbauer, discípulas del pintor Fernando Humbert, y Dupuy, Levi y Rozet, discípulas del escultor Marqueste. Todas ellas hicieron brillantemente el primer ejercicio; pero en el segundo, que es el que precede al definitivo, las tres pintoras fueron vencidas por aspirantes del sexo feo. Las escultoras no han sido aún sometidas á otra segunda prueba.

El grupo fotográfico que reproducimos y que representa á las seis aspirantes, ha sido tomado en uno de los pocos ratos de descanso que durante el concurso les concede

el reglamento. En el fondo, se ve, á modo de alegoría, la Villa Médicis, el sueño dorado de los que se disputan el premio, la deliciosa mansión romana en donde los premiados pasarán siete años, los siete años más felices y más fecundos de su vida para los que profesan el culto del arte y sienten las aspiraciones de la gloria.

¿Se realizará ese sueño dorado? Ya hemos dicho que tres de las señoritas concurrentes han sido vencidas. Quedan, empero, las otras tres, y no sería difícil que alguna de ellas saliese triunfante en la prueba decisiva, como parece indicarlo el que el director de la Villa Médicis, el eminente pintor Carolus Durán, ha ordenado que se dispongan allí habitaciones apropiadas para señoritas.

De todos modos, el hecho de haberse presentado en el concurso de este año seis mujeres, que han luchado valiente y honrosamente por el codiciado premio, demuestra que el feminismo hace grandes progresos en las esferas del arte.



La Haya.—Nacimiento de la princesa heredera

El general Ermel Scherer aclamando á la princesa después de la revista efectuada con motivo del fausto acontecimiento. (De fotografía de Felipe Hutin.)

LA HAYA.—NACIMIENTO DE UNA PRINCESA

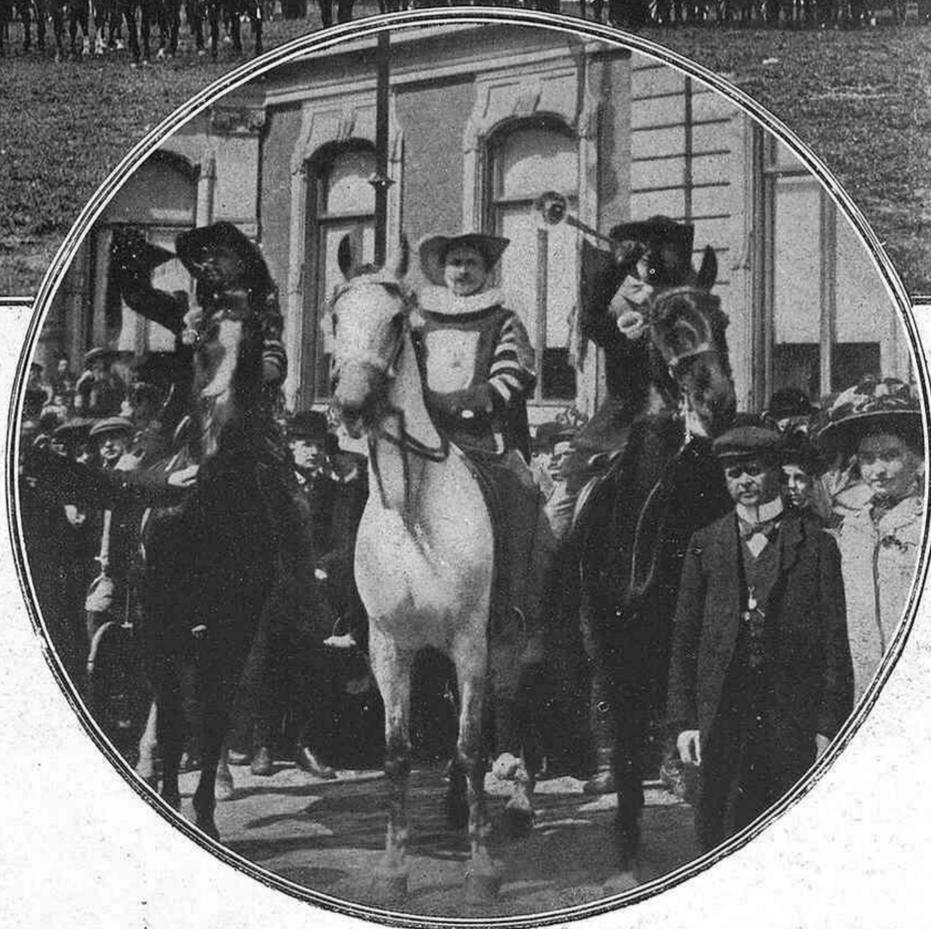
El acontecimiento tan ardientemente esperado por los holandeses se ha realizado: en la mañana del 30 de abril último la reina Guillermina dió á luz con toda felicidad una niña, á la que se han puesto los nombres de Juliana, Luisa, Emma, María y Guillermina.

Apenas conocido el fausto suceso, que se anunció con una salva de 51 cañonazos y á son de trompetas por medio de heraldos, hubo en La Haya una explosión de entusiasmo delirante de parte de todo el pueblo sin distinción de clases; todas las casas ostentaron colgaduras; hombres y mujeres se pusieron escarapelas con los colores nacionales; los periódicos publicaron ediciones extraordinarias que se repartían gratis en las calles; todas las campanas de la ciudad fueron echadas á vuelo; la Bolsa suspendió las operaciones, y la población en masa desfiló por delante del palacio real.

Comunicada la noticia al Parlamento por el ministro del Interior, el presidente de la Cámara pronunció un sentido discurso, en el que, después de congratularse del nacimiento de la princesa, expresó la admiración y el cariño que por su soberana siente todo el país, y terminó pidiendo al Todopoderoso que cuando la nueva descendiente de la casa de Orange sea llamada al trono de sus mayores posea todas las cualidades de inteligencia y de corazón que le aseguren el amor duradero de su pueblo, cualidades que no se heredan ni siquiera entre los reyes, y que pueda cumplir los altos é importantes destinos que le serán confiados para el bien de la patria común.

Al inmenso júbilo del pueblo asocióse el ejército. En la revista que en celebración del suceso se efectuó en La Haya, el general en jefe Ermel Scherer, pronunció un entusiasta discurso, á cuyo final dió un «¡Viva la princesa de Holanda!» que todos los presentes repitieron agitando los quepis.

La alegría extraordinaria del pueblo holandés en esta ocasión se explica porque, aparte del cariño que profesa á la familia real, el nacimiento de la princesa resuelve la cuestión de la sucesión al trono de Holanda, que desde hace tanto tiempo apasionaba y preocupaba á la nación. En efecto, de haber muerto la reina Guillermina sin hijos, la corona habría pasado á un heredero alemán, eventualidad que era mirada con gran disgusto por los holandeses; ahora, en cambio, queda asegurado el trono á la dinastía nacional de Orange Nassau.

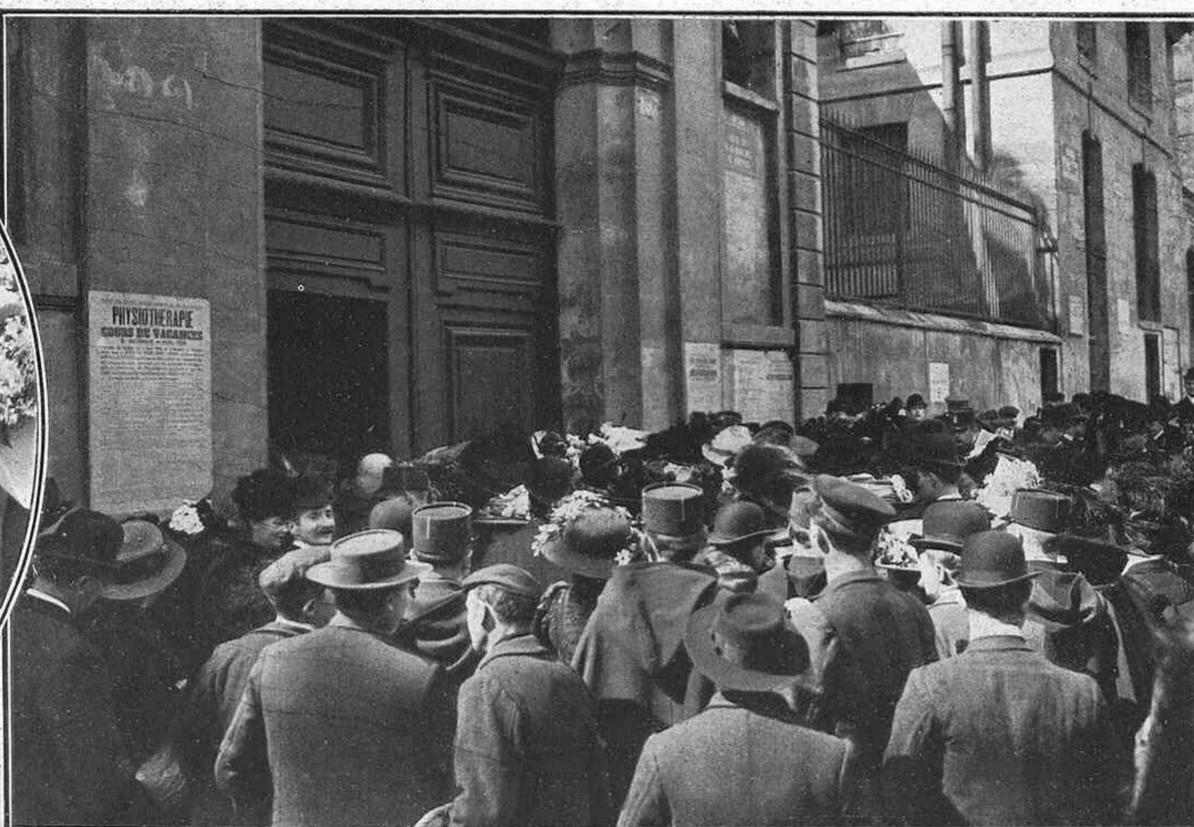


Los heraldos anunciando al pueblo el nacimiento de la princesa
(De fotografía de Carlos Trampus.)

PARÍS. ENCARCELAMIENTO DE LA MARQUESA DE VASSELOT

Con motivo de una manifestación en honor de Juana de Arco hace poco efectuada en París, la marquesa de Vasselot fué procesada por «desorden injurioso.» La marquesa marchóse al campo, y durante su ausencia fué condenada á cinco días de cárcel; en vista de lo cual se presentó el día 1.º de este mes al

tribunal para cumplir la pena, y después de recoger ella misma el mandamiento de prisión, se dirigió á la cárcel de San Lázaro, acompañada de un centenar de *Camelots du Roi* que la obsequiaron con un magnífico ramo de flores atado con una cinta tricolor. Al entrar en la puerta de la cárcel, la marquesa besó á su hijo y gritó «¡Viva el Rey!», grito que fué contestado calurosamente por la multitud. — R.



París.—Encarcelamiento de la marquesa de Vasselot, condenada á cinco días de cárcel por «desorden injurioso,» con motivo de una manifestación en honor de Juana de Arco.—La condesa saliendo del tribunal, del brazo de M. Tristán Lambert. — La multitud agolpada á la puerta de la cárcel de San Lázaro, en donde se ha constituido en prisión la marquesa. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

LA CONTRARREVOLUCIÓN EN TURQUÍA

El nuevo sultán de Turquía Mohamed V está definitivamente instalado en el trono, y el día 30 de abril último efectuó sus subditos, y su voluntad de que se dicten leyes que garandadas para asegurar el orden y hacer cesar toda contienda entre muerte por los consejos de guerra, en juicios sumarísimos, é inmediatamente ejecutados.



Salónica.—Gran meeting de protesta celebrado en el Campo de Marte cuando se tuvo noticia de la revolución reaccionaria que había estallado en Constantinopla. Un sacerdote musulmán arenga á la multitud desde una tribuna.



su primera salida en público para la ceremonia del Selamick, que, siguiendo la tradición de sus mayores, interrumpida por Abdul Hamid, quiso celebrar en Santa Soffa. Llevaba muy poca escolta militar y á su paso por las calles fué aclamado; el soberano parecía muy satisfecho de la acogida que el pueblo le dispensaba.

Mohamed V, en el rescripto que dirigió á raíz de su entronizamiento á Tewfik Bajá, confirma á éste en sus funciones de gran visir, á Zia-Eddin-Effendi en las de jeque-ul-Islam y el nombramiento de presidente del Consejo de ministros por aquél constituido; expresa su deseo de que sus súbditos disfruten de libertad, igualdad y justicia, y de que se apliquen las disposiciones y las leyes del Cheri y las de la Constitución; manifiesta el sentimiento que le produjeron los disturbios ocurridos en ciertas regiones y la necesidad de adoptar medi-

tienen el orden, la justicia y la hacienda, fomenten la instrucción y las obras públicas y mejoren el comercio, la industria y la agricultura; y termina deseando que se confirmen todos los tratados firmados con las potencias amigas y que su gobierno sea respetado.

El gobierno procede severamente contra los fautores de la reciente revolución, muchos de los cuales han sido condenados á



Constantinopla.—El cuartel de Tache-Kichla, cuyas fuerzas se resistieron al ejército libertador macedónico, obligando á éste á bombardearlo. Vista del cuartel después del bombardeo (De fotografía de Ricardo Fiorilli, de Milán.)

Constantinopla.—Grupo de oficiales del ejército libertador macedónico, en las alturas que dominan el cuartel de Tache-Kichla esperando la orden de bombardearlo. (De fotografías de Carlos Trampus.)

En el entretanto, el sultán destituido se ha instalado en la villa Allantini de Salónica. Seguro ya de que su vida será respetada, cosa que en los primeros días le parecía cuando menos incierta y era para él objeto de grande y constante preocupación, muéstrase resignado con su suerte, á pesar de que su situación es poco menos que la de un prisionero de Estado, pues su residencia está vigilada, interior y exteriormente, por numerosos centinelas, y de que anda tan escaso de recursos que el jefe de la guarnición tuvo que prestarle de momento mil libras turcas para atender á sus necesidades.

En el palacio de Yildiz-Kiosk han sido encontradas grandes riquezas en dinero y en joyas que allí tenía guardadas Abdul Hamid y que han sido confiscadas en beneficio del Tesoro.

La información abierta por el nuevo gobierno ha puesto en evidencia las innumerables depredaciones cometidas por el ex sultán y los horribles crímenes por orden suya perpetrados. Recientemente se han descubierto, según parece, documentos que prueban que para el día 24 de abril último habíase dispuesto en Constantinopla una matanza general de cristianos y de jóvenes turcos; el complot fué denunciado por el prefecto de la ciudad al generalísimo del ejército libertador macedonio, y esa denuncia motivó la entrada inmediata de éste en la capital. — S.



La Educación, pintura decorativa encargada por el Estado, obra de A. Rixens



En el Bar, cuadro de Juan Beraud



CARMEN, cuadro de Juan Sala

MONUMENTO A JULIO VERNE

El día 9 de los corrientes se habrá inaugurado en Amiens el monumento al popular escritor que adjunto reproducimos. Pocos literatos son más dignos que él de que su memoria sea perpetuada y honrada por las generaciones futuras: Julio Verne ha sido indudablemente el autor que ha contado con un público más numeroso, más constante y más entusiasta, y sus novelas, en su doble carácter de dramáticas y científicas, han interesado profundamente á millones de lectores de todas las partes del mundo y han despertado en muchos de ellos aficiones que han redundado en beneficio positivo de la ciencia, pudiendo decirse que nadie ha sabido realizar mejor que él el sabio y conocido precepto horaciano.

El monumento, obra del escultor Alberto Roze, se adapta admirablemente al carácter del escritor y expresa de una manera justa la significación de su obra valiosísima: aquellos tres jóvenes ensimismados en la lectura



Monumento á Julio Verne, obra de Alberto Roze, inaugurado en Amiens el día 9 de los corrientes. (De fotografía de Harlingue.)

de los libros de Julio Verne son el más elocuente y sentido homenaje al sabio y honrado novelista, cuyo hermoso busto álzase sobre sencillo pedestal en el que sólo se leen un nombre y dos fechas: *Julio Verne. 1828-1905*. Al lado de este nombre la posteridad, confirmando el juicio de los contemporáneos, pondrá siempre una lista larguísima de libros notables, y entre las fechas recordará una vida consagrada por entero al amor á la ciencia y al trabajo.



La Madonna de Juan Bellini que recientemente ha sido robada de la iglesia de Santa María dell'Orto de Venecia y cuyo valor se estima en 500.000 liras. (De fotografía de Carlos Abeniaccar.)

LA «MADONNA» DE JUAN BELLINI

Este famoso cuadro que, hace poco, fué robado de la iglesia de San Cristóbal ó de la Madonna dell'Orto de Venecia, per-

tenece á aquel período en el cual Juan Bellini, aspirando á una mayor delicadeza, conserva todavía en el dibujo recuerdos de la escuela de Mantegna, si bien las carnes son ya más morbidas y los ropajes tienen ya sus naturales pliegues. El tipo de la Virgen hace presentir lo que serán las Madonnas de su célebre autor cuando haya llegado á la cumbre de su arte; y el Niño aparece libre en sus movimientos. El conjunto de la pintura produce una dulce impresión hierática, á la que contribuye la riqueza del tapiz que le sirve de fondo.

Las pesquisas ordenadas por el prefecto de Venecia y por la Dirección general de Bellas Artes para descubrir á los ladrones no han dado por ahora ningún resultado.

El cuadro mide 79 centímetros de alto por 55 de ancho y su valor se estima en 500.000 liras.

DR. LUIS MARÍA DRAGO

Una noble conquista de la civilización moderna, el arbitraje internacional, ha discernido un nuevo lauro á la sobresaliente personalidad de D. Luis M.^a Drago, de fama mundial por ser el redactor y suscriptor de la célebre nota de 1902, que contiene los principios hoy conocidos con el nombre de «Doctrina Drago.»

De largos años, las pesquerías de los bancos de Terranova eran semillero de molestas cuestiones entre los gobiernos de Inglaterra y Norte América; y á fin de zanjarlas de una vez, resolvieron ambas naciones constituir el tribunal arbitral de acuerdo con el artículo 23 de la Convención internacional, que dice así:

«Cada potencia firmante designará en los tres meses que sigan á la ratificación por ella del presente acto, cuatro personas á lo más, de competencia reconocida en las cuestiones del Derecho Internacional, que gocen de la más alta consideración moral y dispuestos á aceptar las funciones de árbitros.»

De conformidad con lo establecido en este artículo, la Argentina nombró en 1908 los cuatro jueces, que son: el Dr. Estanislao S. Zeballos, el Dr. Roque Sáenz Peña, el Dr. Luis M.^a Drago y el Dr. Carlos Rodríguez Larreta.

Resuelto por los gobiernos del Reino Unido el nombramiento del tribunal arbitral, fueron designadas de entre las 200 que componen tan alto cuerpo las siguientes personas:

Un representante de Inglaterra.
Un representante de los Estados Unidos.
Mr. Savorin Lohman, actual ministro del Interior de Holanda.
Mr. Henri Lamarch, profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Viena.
Y el Dr. Luis M.^a Drago.

Pero ¿quién es este hijo de una de las Repúblicas Sudamericanas para servir de árbitro entre dos potencias de la vieja Europa, y codearse con los más afamados internacionalistas del viejo mundo?

Pues es pura y simplemente un argentino de sobresaliente mérito, hijo de sus propias obras: un hombre de modestia suma, que ha llegado, casi sorprendiéndose él mismo, adonde no llegan las osadas medianías; un literato de fuste y un conocedor profundo del Derecho Internacional.

Abogado desde 1882, ha sido juez de lo civil, juez del crimen, miembro de la Cámara de apelaciones y Fiscal de Estado.

Periodista, hizo sus primeras armas en *El Diario*, para colaborar luego en *La Nación*, fundado por el general Mitre.

Publicista, ha dado á luz un sin fin de obras, mereciendo mención especial *Los hombres de presa*, que contó tres ediciones argentinas, y traducido al italiano, ostenta un prólogo de Lombroso; *La República Argentina y el caso de Venezuela*, *Cobro coercitivo de las deudas públicas* y *Los empréstitos de Estado en sus relaciones con la política internacional*, publicación ésta pedida por la *Revue de Droit International Public*.

Ha sido ministro de Estado en 1902; asistió en 1907 á la Conferencia de la Paz en la Haya como delegado argentino y fué elegido en ella vicepresidente de la 3.^a comisión, y es en la actualidad diputado nacional por Buenos Aires y miembro, conforme queda apuntado, del Tribunal arbitral permanente de la Haya.

Este es el hombre, joven aún, pues acaba de cumplir cincuenta años, que por su propio valer se ha impuesto al respeto de sus connacionales y de los extranjeros; es el hombre sobre quien tienen fijadas las miradas todos los argentinos, pues es la vez primera que un hijo de una nación sudamericana ha sido llamado por las grandes potencias para desempeñar las augustas funciones de juez internacional. De suerte que el honor recae no sólo sobre el Dr. Drago, sino sobre la República Argentina, sobre toda la América del Sud y sobre la madre España, ya que merced á los nobles esfuerzos de ésta y á los de los Estados Unidos, las naciones de origen latino fueron invitadas á la segunda Conferencia de la Haya.

A los pocos días del nombramiento que ha dado motivo á estas líneas, Venezuela le ofreció también el cargo de árbitro en el asunto de las reclamaciones americanas, cargo que el Dr. Drago se ha visto obligado á declinar á causa de tener que dedicar toda su atención á la cuestión pendiente entre Inglaterra y Norteamérica.

En una larga conversación sostenida con este personaje, pude apreciar cuánto cariño siente por España y por nuestras

instituciones, y ambos conveníamos en que hay más libertad en España que en varias naciones regidas por sistemas de gobierno nominalmente más liberales. — R. MONNER SANS.



El ilustre hombre público argentino Dr. D. Luis María Drago, nombrado árbitro del tribunal de La Haya para resolver la cuestión entre Inglaterra y los Estados Unidos. (De fotografía de Witcomb, Buenos Aires.)

MAURICIO LAVALLARD

Este niño, porque de un niño se trata, es el pintor más joven de Francia y un caso de extraordinaria precocidad artística. Tiene doce años y hace algunos que se dedica á la pintura con singular aprovechamiento; que no es una medianía la prueba el hecho de haber sido admitido por unanimidad un cuadro suyo en el Salón de los Artistas Franceses, siendo esto la primera vez que se ha concedido tal distinción á un muchacho de tan corta edad.

La obra que tiene en el actual Salón es un interior: un saloncito alumbrado por dos bujías y lleno de cuadros, esculturas y bibelots, y en él un niño tocando el piano. La figura del



El pintor más joven de Francia Maurice Lavallard, niño de 12 años de quien ha sido admitido por unanimidad un cuadro en el actual Salón de la Sociedad de Artistas de París. (De fotografía de Carlos Delius.)

pianista tiene una expresión admirable; los muchos y diversos objetos que adornan la estancia están perfectamente distribuidos y pintados con gran soltura; el contraste de luz y sombra es de una verdad extraordinaria, y el conjunto de la composición impresionada hondamente por el carácter y el ambiente que ha sabido darle el precoz artista á quien todo el mundo augura un brillante porvenir.

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



De vez en cuando entreabría el mantón para mirar la carita pálida del orro

Pablo se adelantó con precaución hasta el borde del tejado por la parte trasera de la casa.

—¡Ah, ya comprendo!, murmuró inclinándose hacia el orificio de la chimenea de la casa vecina; viene de aquí dentro...

La casa alquilada por Luciano de Favreuse se apoyaba, en efecto, contra la del «Petit Drapeau», con la cual era medianera, y el tubo de la chimenea de ésta, algo más baja que la otra, rozaba casi con el borde del tejado sobre el cual se encontraba Pablo.

Por esta chimenea, que hacía las veces de tubo acústico, llegaban ahora hasta él, más distintos y más violentos, los gritos de niño que había oído.

«Ese no debe ser viejo—pensó el pequeño deshollinador,—pero ya tiene buena voz... ¿No podrían darle de mamar, en vez de dejar que se desgañite de ese modo?»

Pablo reanudó su trabajo, interrumpido un instante por aquel incidente. Tenía que darse prisa, pues se hacía tarde y en aquella estación los días eran cortos.

A pesar suyo, el muchacho prestaba oído; los gritos no cesaban. Era una queja desgarradora, y el corazón compasivo del huérfano se sentía dolorosamente conmovido.

«¡No es posible!—se decía;—ese niño debe tener algo... Si continúa, va á reventar...»

Asomóse de nuevo cerca de la abertura de la chimenea vecina.

(I) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

No se oía más ruido que la queja continua de la criatura.

«¿Acaso ese pobre niño estaría ahí solo?»—se preguntó Pablo.

Terminado su trabajo, bajó.

—¿Acabaste ya?, preguntó el tabernero.

—Sí, señor, contestó el muchacho, y yo le aseguro que no se moverá ni una teja.

—¡Bien! Toma para ti, dijo el amo del «Petit Drapeau» poniendo un franco en la mano del niño, que le dió las gracias. Tu compañero se fué, dijo el ventero entrando la escalera.

—Sí, ya sé, contestó Pablo. Llevaba prisa, y yo me marchó también.

—Entonces, adiós, dijo el propietario cerrando la puerta de su establecimiento. Yo también me voy, pero por este lado, porque es más cerca. Hasta más ver.

—Hasta más ver, contestó el sobrino de Bourasse, que hizo lentamente un paquete con sus utensilios y la cuerda, que se echó á las espaldas.

Luego, orientándose, reconoció el camino por el cual había venido.

De aquel lado de la casa no oía ya los gritos percibidos poco antes; pero su eco aún vibraba dolorosamente en el espíritu del pequeño deshollinador, que se alejaba con sentimiento.

Detúvose, pensativo, escuchó, y no oyendo ruido alguno, trató de comprender cómo era que no se oía la voz del niño.

«Sin embargo, gritaba bastante fuerte la pobre criatura—se dijo Pablo.—Sí, pero la casa da al otro lado.»

Entonces, maquinalmente, el pequeño deshollina-

dor dió algunos pasos hacia aquella habitación, teniendo todas sus facultades auditivas.

«Se habrá consolado—pensó.—Mejor... Me hacía daño oírle gritar de ese modo.»

Pablo Galoux notó, al acercarse, que del camino partía un sendero que pasaba por delante de aquella casa, y lo tomó, movido por una instintiva curiosidad no exenta de cierta emoción.

«Este caminito debe conducir á la casa—se dijo.—Voy á ver, ya que estoy aquí.»

Tomó el sendero y llegó en seguida delante de una empalizada que separaba un jardincito de los campos inmediatos; la barrera estaba abierta.

El muchacho se detuvo un instante.

Desde allí oía distintamente los gritos del niño.

Con el corazón dolorosamente oprimido miró aquella casa, que le pareció sumida en la más profunda obscuridad; en el interior, ninguna luz revelaba la presencia de habitantes.

La puerta de entrada se hallaba también enteramente abierta.

—¡Es singular!—murmuró el sobrino de Bourasse.—Diríase que no hay nadie... Es una locura dejar solo á un niño de esa manera... ¡Esa gente no tiene entrañas!

Los gritos eran cada vez más estridentes. Revelaban la cólera y el pataleo de la criatura que se exaspera, que sufre, que llama en vano desde hace rato, sin más medio de darse á comprender que sus gritos.

Entablóse una viva lucha entre el corazón y la razón de Pablo. Mientras el primero le impulsaba á entrar, la segunda le retenía. ¡Penetrar así en una casa desconocida, es grave!.

«¡Sí..., si me tomasen por un ladrón!..»—se dijo.

Miraba en torno suyo, pues hubiera querido ver algún transeunte, alguna persona que se le juntase y fuese testigo de sus buenas intenciones; pero no vio á nadie.

De pronto, una queja más desgarradora, un grito agudo, procedente de la casita, hizo inclinar la balanza del lado del corazón, y el amigo de Rosita atravesó, no sin alguna vacilación, el pequeño jardín y llegó hasta la entrada.

«Yo no retrocedo—se dijo—si hay alguien, me explicaré... No se puede dejar gritar un angelito de esa manera, si está solo.»

Y para mayor seguridad, al pasar el umbral, Pablo llamó á la puerta y gritó en alta voz:

—¿No hay nadie en esta casa?

No obtuvo más respuesta que los gritos aún más penetrantes del niño.

«Está visto que no hay nadie. Diríase una casa abandonada... Sin embargo, esa criatura..., sola... ¿Cómo se explica?...»

La casa parecía vacía, en efecto. Una vez en la primera pieza, el comedor sin duda, á lo que el muchacho pudo observar, distinguió otra puerta, abierta también, á la cual se acercó con precaución, guiado por la débil claridad del día en su último declive que aún penetraba por la ventana.

El sobrino de Bourasse poseía un espíritu de decisión bastante raro en los muchachos de su edad.

—¿No hay nadie?., volvió á preguntar.

Y no obteniendo contestación, encendió un fósforo, buscó en torno suyo, se orientó, vió un candelabro sobre la chimenea y encendió la bujía.

Guiado luego por los gritos de la criatura, entró en una pieza vecina, un cuarto dormitorio, cuyo desorden le asombró.

«¡Aquí ha debido pasar algo!»—pensó el chico con real emoción.

Pablo paseaba la luz en todos sentidos, buscando en vano la cuna en que debía hallarse el niño, que no tardó en ver en la cama, cuyas sábanas y mantas parecían haber sido arrancadas y colgaban hasta el suelo.

«El pobrecito parece recién nacido... Tendrá á lo sumo tres ó cuatro días...»

Atravesado sobre el colchón, yacía el angelito envuelto en pañales. Su cara congestionada, casi morada, decía los largos é inútiles llamamientos, los lloros y los gritos de impaciencia, y expresaba el sufrimiento.

Ya no eran gritos, sino un estertor velado lo que salía de la garganta de la pobre criaturita.

«¡Vaya un paso!»—murmuró Pablo Galoux.

Cogió al angelito en brazos y lo meció maquinalmente.

—¡No llores, chiquitín!., le dijo; ¡no llores!.

Y le besó.

«Diríase que han huído de aquí»—pensó examinando lo que le rodeaba.

Sus miradas daban con inquietud la vuelta á la estancia. Acá y acullá yacían por el suelo prendas de vestir, unas de hombre y otras de mujer. En un rincón había una silla volcada.

«¿Qué significa todo esto?.. Yo no puedo dejar morir esta criatura...—dijo Pablo mirándole con compasión. —Estoy seguro de que está hambrienta... ¡Si hubiese aquí leche!»

Pero el aprendiz, con el angelito en brazos, buscó en vano en las dos piezas y en la cocina; no encontró nada.

«Voy á darle un poco de agua—se dijo;—no puede hacerle daño...»

Desde que Pablo la tenía en brazos, la niña parecía haberse calmado un poco; pero volvió á gritar cuando la puso nuevamente sobre la cama.

—Espera, angelito, dijo Pablo con dulzura; no llores..., vamos á darte alguna cosa.

Corrió á la cocina, volvió con una taza llena de agua, y con precauciones casi maternas, introdujo por medio de una cuchara algunas gotas de líquido entre los labios de la niña.

La pobrecita chupó con avidez todo el contenido de la cuchara.

—Eso es..., estaba muerto de hambre y de sed..., murmuró el huérfano conmovido. ¡Vaya unos padres! Ocurriósele una idea luminosa.

—¡Espera, espera, chiquitín!, dijo al angelito; vamos á hacer algo bueno.

El muchacho sacó del bolsillo de su pantalón un terrón de azúcar que había perdido algo de su blancura primitiva, pero lo rascó cuidadosamente con su navaja. Luego le hizo disolver en la cuchara, que presentó de nuevo á la recién nacida.

Pablo hubo de congratularse de su idea, por cuanto después de algunos sorbos la criatura se calmó.

—¡Eh! ¿Verdad que es bueno esto?, preguntó, como si el rorro pudiese comprenderlo.

Lo mecía en brazos, lo acariciaba y se preguntaba lo que había podido ocurrir.

¿Cómo aquella criaturita se encontraba sola? ¿Por qué la habían abandonado de aquella manera?

Pablo hacía mil suposiciones.

«Debe hacer mucho tiempo que el infeliz está solo—se dijo.—Su madre se fué quizá para abandonarlo... Pero no; en tal caso hubiera dejado un papel para decirlo á los que lo encontrasen, y yo no veo nada... ¿Entonces qué?.. ¿Habrá muerto?.. ¿Se habrá matado fuera, cayendo, ó no sé cómo?.. Algo de eso debe ser, porque, de otra manera, no comprendo... Una mala madre que abandonase á su hijo lo haría de otro modo... En fin, lo cierto es que este pobrecito está solo...»

Esperó, hablando á la criatura que le miraba y que pronto se durmió, como extenuado por sus esfuerzos y por la fatiga.

«Pero no es esto todo—repuso el amigo de Rosita.—¿Qué hago yo ahora con este niño?.. ¡Vaya un país más desierto!.. No puedo dejar así á este rorro. Volvería á gritar... Reventaría de seguro... ¡Bah, ya veremos!..»

Descolgó de una percha un mantón de lana que había y envolvió en él con precaución á la criatura dormida, pensando:

«¡A Dios y á ventura!.. No tengo valor para dejarlo aquí... Lo han abandonado..., yo me lo llevo... ¡Allá veremos!..»

Sin embargo, Pablito se sintió inquieto sobre las consecuencias de su acto; pero no vaciló ante aquella responsabilidad, sostenido por la idea de que salvaba al niño de una muerte casi segura. Cogió entonces su cuerda y sus enseres y salió, estrechando á la criatura contra su pecho para calentarla.

Era ya enteramente de noche, pero algunos rayos pálidos de la luna atravesaban de vez en cuando las nubes grises que vagaban por el cielo, y le bastaban á Pablo para guiarse.

Miró si parecía alguien para decir lo que hacía, y no viendo alma viviente, alargó el paso.

De vez en cuando entreabría el mantón para mirar la carita pálida del rorro, que seguía durmiendo.

Escapábase de sus labios una respiración ligerísima y las facciones habían perdido su aspecto convulso.

«Va bien»—murmuró Pablo satisfecho.

Y anduvo aún con más ligereza, como si no sintiese sobre sus espaldas el peso bastante considerable de sus utensilios.

«Si me hubieran dicho: «Adivina lo que vas á traer de Meudon,» nunca hubiera dicho esto»—pensaba el pequeño deshollinador.

El aprendiz de Pietro llegó á las primeras casas de Clamart, y de pronto se fijó en una lechería, cuya muestra anunciaba la venta de cremas, manteca y huevos.

«¡Ajaja!—murmuró Pablo.—Es preciso hacer algunas provisiones para el rorro.»

Entró en la tienda, y tirando sobre el mostrador el franco que le había dado el amo del «Petit Drapeau,» pidió diez céntimos de leche.

—¿Para llevártela?, preguntó la lechera; ¿traes un pote?

Pablo quedó un momento desconcertado, pues no había previsto aquella complicación.

—No, no traigo, contestó al fin algo embarazado; era para dar al niño.

La lechera notó entonces la carga singular del muchacho; se acercó y entreabrió el mantón con la curiosidad que tienen todas las mujeres cuando se trata de un chiquitín.

—¡Oh, qué mono es el angelito!, exclamó la buena mujer. ¿Es tu hermanito?

Tampoco había pensado Pablo en preparar las explicaciones que tuviese que dar y contestó con embarazo:

—Sí..., es mi hermanito...

—¿Pero tú no eres de aquí?, preguntó la lechera, á quien empezaba á extrañar la actitud del aprendiz.

Entonces el muchacho, aunque de mala gana, vió que era preciso dar una explicación, y como sus intenciones eran buenas, aventuró su primera mentira é inventó una historia.

El niño lo criaba una nodriza del Bajo Meudon; pero como su madre no podía pagarla, había sido preciso recoger el niño.

—¿Entonces te lo llevas otra vez á París?, preguntó la lechera, ganada por la cara simpática del pequeño deshollinador.

—Sí, señora, contestó él.

—¡Cuánta miseria!, murmuró la buena mujer. Pero, repuso en seguida, no hay que darle leche fría á esta criatura. Espera, voy á calentarla un poco; siéntate un momento.

La lechera no tardó en volver y dió al angelito algunas cucharadas de leche tibia bien azucarada.

—¡Caramba!, dijo cuando el chiquitín acabó al fin de tragar; ¡bien lo necesitaba la pobre criatura!

Y arropándola de nuevo y mejor, se la devolvió á Pablo.

—¿Cuánto debo á usted, señora?, preguntó éste presentando la moneda que había vuelto á coger de encima del mostrador.

—Guárdate tu dinero, le dijo ella; anda, no vale la pena... por un poco de leche...

Pablo dió vivamente las gracias á la buena mujer y prosiguió su camino.

Había pensado tomar el tranvía, pero lo que le acababa de ocurrir le había hecho reflexionar.

Comprendía que causaría extrañeza sin duda verle á su edad y con sus utensilios y traje de trabajo con un rorro en brazos, y á fin de evitar nuevas preguntas, resolvió regresar á París á pie.

La niña, que Pablo seguía tomando por un niño, saciada y suavemente mecida por su portador, no despertó en todo el trayecto, y el muchacho llegó sin dificultad á la calle Galande.

Era ya tarde y el pequeño deshollinador temía una mala recepción de parte del tío Bourasse.

Pero tenía por excusa la criatura que había encontrado y que llevaba.

Se disponía á abrir la puerta de la tienda, cuando retrocedió de pronto.

Salía del interior una verdadera tempestad de gritos furiosos y de golpes violentos dados en los muebles.

Bourasse se había excedido un poco en la bebida, y desgraciadamente para los suyos, las borracheras del carbonero eran brutales.

Bien lo sabía Pablo, sobre quien el auvernés solía desahogar sus cóleras de bruto beodo.

«No es el momento más á propósito para entrar»—pensó el muchacho.

Permaneció un rato perplejo en la calle, y luego se le ocurrió una idea.

«Esto es—murmuró;—la señora de Landry se prestará gustosa...»

Y con sus utensilios á cuestas y la niña en brazos, se fué á la calle de Bernardinos.

Daban las diez en San Nicolás del Chardonnet cuando Pablo Galoux llegó á la puerta de la señora Landry.

«Lo malo sería que ya se hubiesen acostado»—pensó el amigo de Rosita.

El corazón le palpitaba bastante fuerte cuando Pablito llamó discretamente á la puerta.

—¡Adelante!, contestó del interior la voz de la viuda.

El aprendiz empujó la puerta.

—¡Hola! ¿Eres tú, Pablito?, dijo la señora Landry llena de sorpresa.

Rosita, que cosía al lado del quinqué, se había levantado vivamente, y madre é hija contemplaban atónitas al muchacho, preguntándose qué significaba aquella tardía visita.

—¿Qué pasa?, preguntó la viuda. ¿Es que el zopenco de tu tío te ha pegado?

—No, señora, contestó el chico, no es eso; pero me ha pasado hoy una cosa extraordinaria.

—¿Qué traes ahí?, preguntó curiosamente Rosita designando el bulto que su amigo llevaba.

—Aquí está lo sorprendente del caso, declaró Pablo Galoux. No adivinaría nunca lo que le traigo á usted, señora Landry.

En aquel momento se oyó un débil vagido; el rorro despertaba.

—¡Ah, Dios mío!, exclamó la madre de Rosita, ¡si es un niño!..

—Justamente..., un chiquitín...

Tomando en seguida la criatura de brazos de Pablo, la señora Landry abrió el mantón que lo envolvía.

Rosita miraba á su amigo con una estupefacción que le cortaba la palabra. No sabía qué preguntar.

—¿Pero de dónde has sacado este niño?, interrogó la viuda meciendo á la criatura, que había vuelto á callar.

El pequeño deshollinador refirió entonces la singular aventura que le había pasado.

La señora de Landry, que no salía de su asombro, se hizo repetir más de una vez ciertos detalles.

—¿Pero estás bien seguro de que no había nadie en la casa?, preguntó.

—¡Oh, absolutamente nadie, señora Landry! Llámeme, grité; nadie contestó... Entonces no pude resistir... Yo no podía dejar á este infeliz desamparado... Hubiera muerto á fuerza de gritar...

La viuda parecía pensativa.

—¿He hecho mal?, preguntó Pablo, inquieto ante el silencio de la madre de su amiga.

—No; has dado prueba de tener buen corazón, declaró la viuda; porque, en efecto, á estas horas el angelito hubiera muerto.

—Nos le quedaremos, ¿verdad, mamá?, preguntó Rosita.

—¿Quedármolos?.. ¡Pero si no es nuestro, hija mía!; no tenemos derecho á ello, contestó la viuda. ¡Haremos de averiguar de quién es!.. ¡En fin, mañana veremos!..

La madre de Rosita había sacado de un armario unos pañales y una camisita, y como la muchacha daba vueltas á esta minúscula prenda, añadió sonriendo:

—¡Es tu primera camisita!.. ¿No abultabas mucho entonces, eh?

La viuda del cobrador había quitado los pañales á la criatura, y cuando no tuvo más que su camisita, vió el nombre bordado en ella.

—¡Jenny!, dijo la señora de Landry.

—¡Ah, es una niña!, exclamó Rosita. ¡Oh, cuánto me alegro de tener una hermanita!

—Ya sabemos su nombre de pila, añadió la viuda; se llama Jenny. Esto ayudará quizá á encontrar á sus padres. Mañana iré á ver al comisario.

Pablo dió las buenas noches á la señora de Landry, que le despidió con un beso, diciéndole:

—Eres un excelente muchacho, mi querido Pablo. Esa noble acción te traerá suerte.

Rosita también quiso besar á su pequeño camara da, y á Pablo Galoux le pareció que el beso de aque-lla noche era aún mejor que el de los demás días.

El pequeño deshollinador se volvió á la calle Ga-lande, y con gran satisfacción, encontró á su tío durmiendo la mona con ronquidos formidables.

En fin, Sofía le preguntó por qué llegaba tan tarde, y, no atreviéndose á decir la verdad, á causa del tío Juan, contestó que se había perdido viniendo de Meudon, y el incidente no tuvo otras consecuencias.

XV

EL NÚMERO 211

Sentado á su escritorio, el Sr. Laroche, pasando en cierto modo una revista á sus negocios, estaba ocupado en clasificar numerosos papeles.

Abría sus cajones é iba sacando legajos y cuentas que estudiaba, documentos y notas que compulsaba cuidadosamente.

De vez en cuando, el comerciante interrumpía su trabajo, y su triste mirada se fijaba en su hija, tendida en un sillón, cerca de la ventana.

Con las manos sobre las rodillas y los ojos perdi-dos en la vaguedad, Juana parecía abismada en una especie de éxtasis, con una dolorosa melancolía im-presa en el semblante.

El estado de la demente no había experimentado modificación alguna.

Permanecía largas horas en una postración com-pleta; de vez en cuando pronunciaba frases sueltas, contestaciones incoherentes á preguntas íntimas, y á veces una pálida sonrisa daba un instante una apa-riencia de vida á aquella fisonomía sin expresión.

De pronto, el Sr. Laroche se estremeció. El comerciante acababa de sacar de uno de los cajones de su mesa de escribir una fotografía que contemplaba con el corazón oprimido.

Era el retrato de Juana, el que antes permanecía siempre sobre la mesa y que, en un momento de cólera, había él escondido entre papeles, á fin de no dejarse enternecer por la presencia de aquel rostro tan querido.

—¡Pobre, pobre Juana!, murmuró comparando la imagen de antes con el pálido y demacrado rostro de su hija; ¡cómo has cambiado!.. ¡Ah, por qué quiso el destino que ese miserable viniese á interceptar la senda de la vida!.. ¡Eras tan feliz á mi lado!..

El Sr. Laroche volvió á poner el retrato en su sitio de antes, y llamó luego:

—¡Juana, hija mía!..

Ella pareció no haber oído.

El comerciante repuso en voz más alta:

—¡Juana, Juana mía!..

Juana volvió hacia su padre sus ojos atónitos, pero no hizo movimiento alguno.

Entonces su padre se levantó, se acercó á ella, la cogió de la mano y la condujo delante de la mesa.

Ella se dejó llevar dócilmente, sin que se alterara un solo músculo de su cara.

—¿Sabes quién es esta?, preguntó Laroche desig-nando el retrato.

Juana miró sin ver y contestó con voz apagada y lenta:

—¡No sé... no, no sé!..

El comerciante hizo un gesto de desaliento.

—¡Siempre la misma contestación desconsoladora!, murmuró. «No sé...»

Condujo nuevamente á Juana á su puesto y la pobre recayó en su inconsciente ensimismamiento.

Con frecuencia el Sr. Laroche había tratado de despertar los recuerdos de su hija; le hablaba del pasado, de su infancia, de sus antiguas amigas, pero en vano.

Sin embargo, á veces un nombre pronunciado parecía llamar la atención de la pobre demente; entonces brillaba un rayo de luz en su mirada. Pero pronto sus ojos volvían á adquirir su fijeza y ella murmuraba su contestación habitual:

—No sé.

El comerciante había reanudado su trabajo, pero no estaba en lo que hacía, y al poco rato se apoyó de codos en la mesa, pensativo.

¡Ah, le había perdonado, á la infeliz, su desobe-diencia pasada!.. A la implacable cólera de antes había sucedido un recrudescencia de amor paterno, y el excelente padre quería hoy á su Juanita quizá más de lo que la había querido antes de su rebeldía. ¿Tendría cura?

El doctor Desvallières, cada vez que la visitaba, afirmaba que no se habían perdido todas las espe-ranzas. Pero quizá el médico únicamente se lo decía para consolarlo.

—Señor, anunció la criada abriendo la puerta, el Sr. Verdelet, el notario, pregunta si está usted visible.

—Que pase, contestó el Sr. Laroche.

Al nombre de Verdelet, Juana había hecho un movimiento.

—¡Verdelet!, murmuró. ¡Verdelet!..

Su padre, que la había oído, corrió hacia ella y le cogió la mano.

—Sí, Verdelet, dijo con voz temblante de emo-ción. ¿No te acuerdas?.. Tu amigo Verdelet... el no-tario de la calle de Bonaparte...

Juana miró á su padre un instante.

—¡Sí, Verdelet!.., dijo ella maquinalmente.

El notario entró en aquel momento. Laroche se adelantó á saludarlo con las manos tendidas.

—¡Ah, mi querido amigo!, le dijo, ¡cuánto me alegro!..

—¿Hay mejoría?, preguntó el notario devolviendo al comerciante su apretón de manos.

—Ahora mismo, cuando la criada pronunció el nombre de usted, Juana pareció acordarse, explicó Laroche; pero luego, nada... Ahí la tiene usted.

Los dos hombres se acercaron á Juana, que había vuelto á su actitud extática.

—Buenos días, Juanita, dijo el notario cogiendo la mano á la demente.

Pero ésta guardó silencio y no pareció reconocer al notario.

—Vamos, Juana, repuso éste, ¿no reconoce usted á su antiguo amigo Verdelet?

—¡Verdelet, sí!.., contestó Juana sin mirarle.

Los dos hombres cambiaron una mirada dolorosa. El rostro de la loca expresaba la indiferencia in-consciente más absoluta.

—Tuve un momento de esperanza, murmuró La-roche, pues su nombre de usted es el único que la ha impresionado.

—Sin embargo, dijo el Sr. Verdelet, esto denota que la memoria no está completamente extinguida. Queda aún alguna probabilidad de cura.

—Yo nunca pierdo toda esperanza, contestó el padre de Juana, y Desvallières me lo afirma... Sin embargo, véala usted... ¡Ni á mí, que soy su padre, me reconoce!

—¡Pobre Juana!, murmuró el notario, ¡no mere-cia eso!

Y continuó en voz más alta:

—¡Ah, mi querido amigo, cuántas veces me he arrepentido, como de una falta personal, de ese des-dichado matrimonio!..

—No tiene usted nada que reprocharse en todo eso, mi querido Verdelet. Ya sé que hizo usted todo lo posible para que mi hija volviese á mi lado; pero tuvo usted que inclinarse, como yo, ante la ley. Juana era libre; quería casarse con ese hombre á toda costa... Estaría predestinada á esa desgracia, y nadie hubiera podido impedirle tal casamiento.

El comerciante se pasó la mano por la frente co-mo para ahuyentar los tristes pensamientos que le asaltaban.

Desde el matrimonio de Juana Laroche y la ten-tativa infructuosa hecha por el notario cerca del co-merciante para obtener su consentimiento, el señor Verdelet había interrumpido casi en absoluto sus relaciones con el padre de Juana.

No se explicaba la obstinada negativa del comer-ciante á una unión que hacía feliz á su hija, y con-servaba una especie de rencor contra lo que él con-sideraba como una obstinación sistemática.

Pero después que supo la horrible desgracia de su joven amiga, el notario corrió espontáneamente á casa de Laroche para manifestarle lo mucho que sentía haber intervenido en aquel deplorable asunto.

Desde entonces quedaron reanudadas entre ambos amigos las relaciones de antes.

La visita del notario era hoy debida á un recado del comerciante.

—Le escribí á usted suplicándole que viniera, mi querido Verdelet, porque deseo enseñarle algunos documentos. Quiero retirarme de los negocios, dijo Laroche.

—¡Cómo!, exclamó el notario, ¿abandonaría usted su casa... en plena prosperidad?

—Sí, declaró el comerciante. La desgracia de mi pobre hija ha sido para mí un golpe demasiado fuer-te. No me siento con valor para ocuparme de otra cosa que no sea su salud. Voy á retirarme con Juana al Cepellón, huyendo de este París que maldigo á causa de lo que ha sufrido en él. En el campo estará mucho mejor y podré consagrarle todo mi tiempo. En su situación, como usted comprende, mi hija necesita una vigilancia constante. ¿Y quién puede ejercerla mejor que yo? A eso quiero consagrar el resto de mis días.

Y con dolorido acento Laroche añadió:

—Yo había soñado otra vejez. Si trabajé toda mi vida con tanto ahinco, era por Juana... para procu-rarle una existencia feliz... y gozar yo más tarde en su dicha... ¡Y ya ve usted en qué han venido á parar mis ilusiones!

—¿Pero no piensa usted marchar en seguida?, pre-guntó el notario para desviar el curso de las ideas de su amigo.

—Lo más pronto posible, declaró el comerciante, y cuento con usted para que vea si encuentra com-prador para mi casa y para que, mientras tanto, vigi-le mis intereses. Bernard se ocupará de los negocios hasta la toma de posesión de mi sucesor.

La conversación versó desde aquel momento so-bre cuestiones de números, y hacía ya largo rato que los dos amigos hablaban, cuando el criado anunció:

—El doctor Desvallières.

El médico entró inmediatamente.

—Y bien, dijo estrechando las manos al comer-ciante, ¿cómo va hoy?

—Lo mismo que ayer, contestó Laroche. Y me temo que siga siempre así.

—Pero no, afirmó el doctor; estoy casi seguro de que la razón volverá...

Y al ver al notario, exclamó tendiéndole la mano:

—¡Ah, buenos días, Verdelet!.. Hace una eterni-dad que no se le ve á usted.

—Estoy muy ocupado en este momento, declaró el notario; así es que salgo poco.

Juana no había hecho un movimiento. No había parecido darse cuenta de la entrada del médico, y sin embargo, había repetido maquinalmente el nom-bre pronunciado por el criado:

—Desvallières!

El doctor se acercó á la pobre loca y le cogió la mano, que ella abandonó sin resistencia.

Así como no había reconocido al notario, Juana tampoco reconoció al Sr. Desvallières. Y sin embar-go, éste era, desde hacía muchos años, amigo íntimo de la casa; había visto crecer á la hija de Laroche y la había tratado siempre con una ternura casi pa-ternal.

—Buenos días, Juanita, dijo el doctor. Vamos, contesta; di buenos días á tu viejo amigo.

Pero Juana guardó silencio.

Laroche hizo un gesto de pesadumbre.

—¿Habla alguna vez durante el día?, preguntó Desvallières.

—¡Oh!, contestó el comerciante, palabras sueltas, frases vacías de sentido.

—¿No habla nunca de su marido?, preguntó el doctor.

—Hasta ahora nunca ha pronunciado su nombre, cosa que me ha sorprendido, porque adoraba posi-tivamente á ese miserable.

—A ver, Juana, dijo el médico sentándose delan-te de ella; mírame, hija mía.

La loca obedeció y fijó en el doctor sus grandes ojos sin expresión.

—¿Sufres?.. ¿Experimentas algún dolor?.. ¿Qué es lo que sientes?.. ¿Te duele la cabeza?..

—¡La cabeza!.., repitió Juana maquinalmente.

—No hay nada que esperar, ¿verdad?, preguntó tristemente el comerciante.

—¡Quién sabe!, contestó el doctor con un gesto vago.

—Sin embargo, interrumpió Verdelet, Laroche me decía hace poco que la pobre Juana conservaba to-davía la memoria de ciertos nombres.

—Sí, en efecto, confirmó Laroche; hace un mo-mento, cuando anunciaron á Verdelet, pareció acor-darse.

(Se continuará.)

BARCELONA.—SERVICIOS DE SANIDAD É HIGIENE EN EL PUERTO. (De fotografías de A. Merletti.)

Previa invitación de la Junta del Puerto á las diferentes entidades y corporaciones de esta capital, el día 30 de abril último se efectuaron los solemnes

actos de entregar la misma á la Dirección de Sanidad marítima el material sanitario adquirido á sus expensas para el Gabinete bacteriológico instalado en el muelle de Barcelona, y á las Sociedades Mutua Barcelonesa de descargadores y Montepío de San Juan el edificio construido en el muelle de San Beltrán para los servicios de higiene, aseo y dispensario de los obreros carboneros empleados en el mismo.

El Sr. González, médico de la Dirección de Sanidad, dió detallada cuenta de la manera de practicar todas estas operaciones.

El Sr. Bianchi, director de dicha Sanidad, leyó un interesante discurso haciendo resaltar la importancia excepcional del acto que se realizaba, por ser los servicios de Sanidad marítima los que más directamente se relacionan con la salud pública, haciendo historia de todos ellos, desde época remota, terminando con justos elogios al ministro D. Juan de La Cierva, que se ha preocupado de regularizar tan importantes servicios sin exigir sacrificios á la Hacienda, y á la Junta del Puerto y dirección facultativa y á su presidente el Excmo. Sr. gobernador civil de la provincia, por haber secundado con grande energía y constancia la campaña sanitaria emprendida por el ministro.

El Sr. Salazar, inspector de Sanidad exterior, ensalzó también la gestión del ministro, por haber logrado dotar á casi todos los puertos del material necesario para poder prestar el servicio sanitario en buenas condiciones.

D. Rómulo Bosch y Alsina, vicepresidente de la Junta del Puerto, dió las gracias en nombre de la corporación por las frases laudatorias dirigidas á la misma, la que, dijo, estaba dispuesta á coadyuvar, siempre que le sea posible, á cuanto tiende á mejorar los servicios marítimos.

El Sr. Ossorio elogió también á la Junta del Puerto por haber contribuido espléndidamente á la realización de este nuevo servicio, que no es más que el principio de lo que ha de ser, teniendo la evidencia de que seguirá pidiendo el auxilio de la Junta para



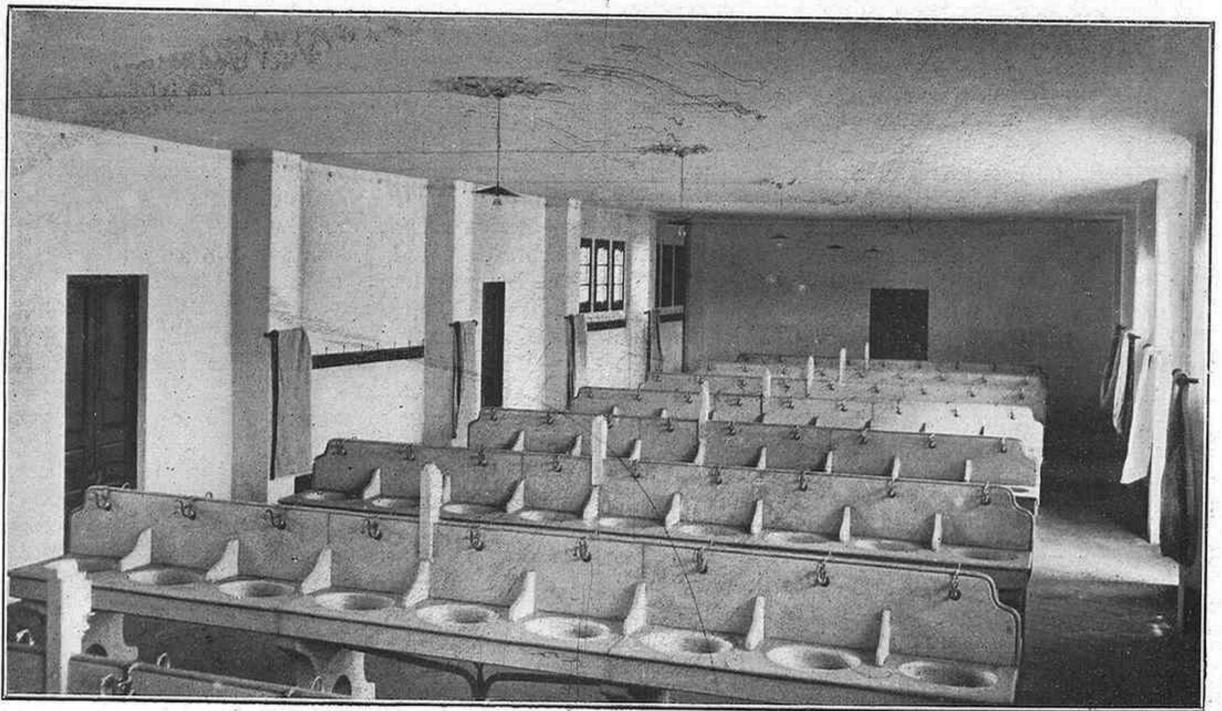
Edificio de la Dirección de Sanidad del puerto

Al efecto, á las tres de la tarde embarcaron la mayoría de los asistentes en el vaporcito *Ligera* y lanchas automóviles dispuestos para ello por la mencionada Junta, trasladándose á la Dirección de Sanidad, donde, como decimos y en un departamento construido *ex professo*, se ha montado el Gabinete microbiológico aludido.

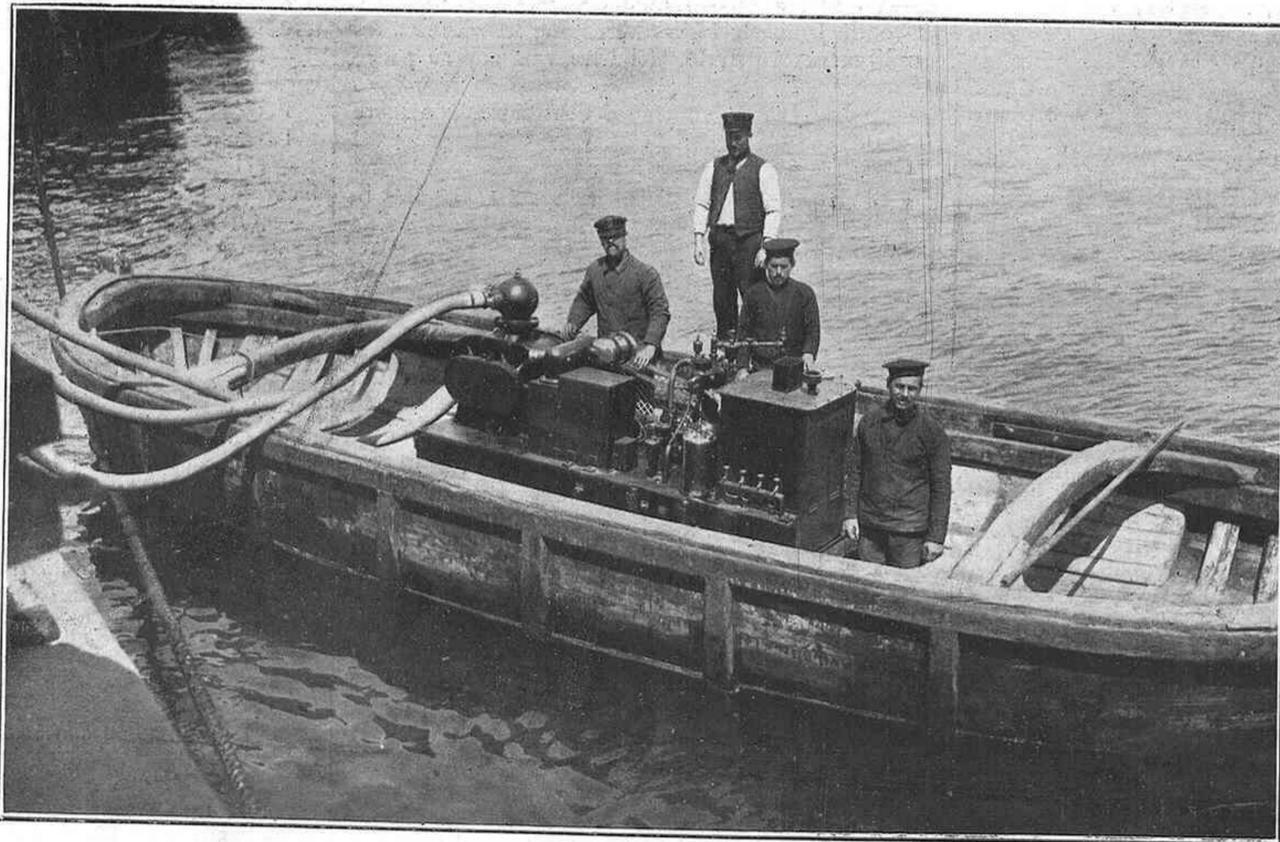
Explicó el Sr. Bianchi, director de Sanidad de este puerto, el funcionamiento de los aparatos en él instalados, de entre los que citaremos los siguientes: microscopio Zeiss, condensador Ablé, esterilizador, autoclave Chamberlán, estufa para cultivos, varios termómetros, mesa refrigerante Agfer, cajas para cobayos, cajas para ratas, aparato para contener ratas, cuatro pulverizadores de mochila Genesta Hursche, aparato al Aldehído fórmica.

Inmediatamente se trasladaron al muelle del Oeste, donde visitaron el Lazareto á cargo de la propia Dirección de Sanidad Marítima, que cuenta con dos potentes estufas y otros aparatos para la desinfección de ropas y demás efectos, volviendo á embarcar para trasladarse al vapor *Martín Sáenz*, donde se efectuaron las pruebas del sulfurador «Masot», instalado en una lancha, y consistentes en la desinfección del buque y de su cargamento, utilizando al efecto varias muestras de tejidos y otras mercancías para demostrar que el líquido desinfectante no las perjudica, mientras inutiliza y mata toda clase de microbios.

Dicho aparato inyecta 25 metros cúbicos de anhídrido sulfuroso por minuto, y como la operación se efectúa con gran rapidez, la pérdida de tiempo para las embarcaciones que hayan de sufrir la sulfura-



Lavabos del Pabellón de higiene para los obreros del puerto



Aparato sulfurador «Masot» para la desinfección de los buques y de sus cargamentos

su mejoramiento y ella lo otorgará.

Trasladados seguidamente al edificio Pabellón de higiene, recorrieron todas sus dependencias, haciéndose cargo de la importancia de los servicios que han de prestarse.

Construido como hemos dicho con fondos propios de la Junta del Puerto, cuenta en su cuerpo central con un salón que mide 28 por 9 metros, en el que hay instalados nueve grupos de 18 lavabos cada uno, ó sea un total de 162 con sus correspondientes bancos, perchas y rodillos para toallas.

Los compartimientos laterales, que miden 6 por 3'30 metros cada uno, están respectivamente destinados

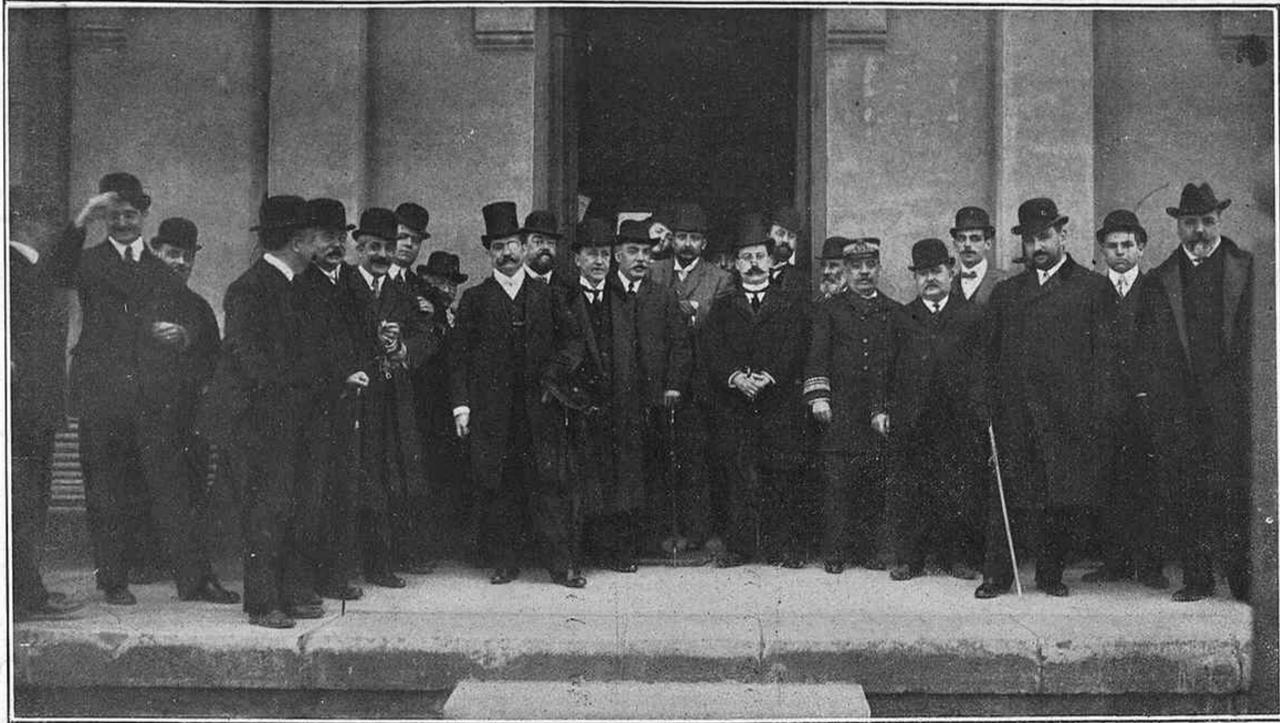
á retretes y urinarios y á duchas y portería.

En el compartimiento exterior, de 12 por 6 metros, se hallan las dependencias destinadas á dispensarios y lavaderos.

Dicho pabellón podrá ser utilizado por todos los obreros descargadores de carbones, tanto si están ó no adscritos á las entidades que cuidan del mantenimiento del servicio, limitándose el de dispensario para los segundos, en caso de accidente, á la primera cura.

Todos los invitados, que no bajaban de un centenar, fueron obsequiados por las citadas Sociedades con un lunch.

El Sr. Costa, presidente del Montepío de San Juan, expresó su gratitud en nombre de los obreros á todas las autoridades, y en especial á la Junta del



Grupo de autoridades é invitados que asistieron á la inauguración de las instalaciones de sanidad é higiene del puerto

Puerto, por tan importante mejora en favor de aquéllos, haciendo lo propio el alcalde accidental señor Bastardas.

Terminó el acto con la repartición de 1.000 bonos, consistentes en arroz, pan y carne, entre los obreros carboneros.

Además de las personalidades que hemos citado, asistieron á estos actos el delegado de Hacienda Sr. Eulate, los vocales de la Junta del Puerto Sres. Brutau, Millet, Gassó y Martí, Borés y Torras; el director facultativo Sr. Valdés; los ingenieros Sres. Axelá y Membrillera; el secretario de la Corporación señor Creus; el jefe de la provincia D. Sebastián Puig; el médico municipal señor Macaya; director de Sanidad de Tarragona Sr. Aguilera; el director inspector de Sanidad de Cartagena; el señor Albó, y otras muchas representaciones del comercio y sociedades.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con magníficas reproducciones de los más curiosos códices que existen en la Biblioteca Nacional de París, grabados, mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así como copias de los más renombrados cuadros que existen en los museos de Europa.

A 50 céntimos el cuaderno de 32 páginas

Montaner y Simón.—Barcelona

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas.

PARIS, 8, Rue Vivienne y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

Dentición

JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES y previene todos los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub⁹ Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULE de BLANCARD

LA GERIAS PRÉPARE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉQUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA GATARRO - ASMA - OPRESIÓN

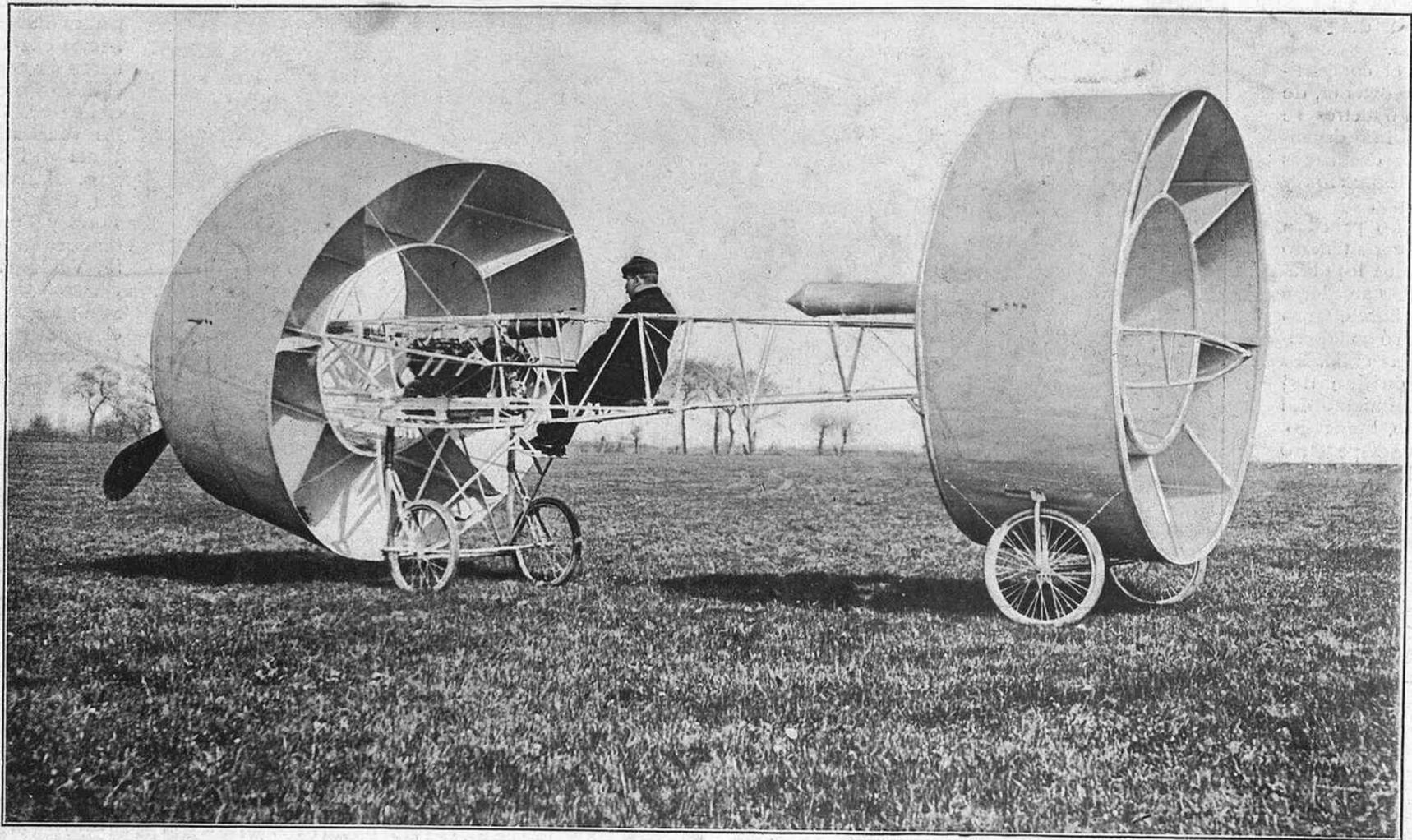
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** El más activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILAVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



El nuevo aeroplano Givaudán, ensayado recientemente en Villefranche (departamento del Ródano) con éxito satisfactorio
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Grande es el número de los aeroplanos que llevamos reproducidos en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; y si hubiéramos de reproducir todos los que de continuo se inventan, tendríamos que destinar á esta especialidad casi todo el espacio de nuestra revista.

En efecto, los que aspiran á la conquista del aire no cesan de construir nuevos aparatos, ora aprovechándose de los principios fundamentales por otros puestos en práctica, ora inventando formas y procedimientos más ó menos nuevos.

De aquí que tengamos que proceder á una selección para seguir las fases de tan

trascendental problema, escogiendo de entre lo mucho que se inventa aquello que significa un verdadero adelanto ó una novedad.

Ateniéndonos á este criterio, reproducimos hoy la máquina de M. Givaudán que, como puede verse en el adjunto grabado, es de forma muy diferente de la de los principales aeroplanos conocidos. Este aparato ha sido construido en los talleres Vermord, de Villefranche, de donde es también el motor de 50 caballos y 8 cilindros que lo hace funcionar. Los ensayos recientemente efectuados han dado, según parece, resultados satisfactorios.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ie}, 102, R. Richelieu, París.
Todas Farmacias.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
*
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa GANDÈS
R. St-Denis, 16

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.